

# Lo que sea de cada quien Gazapos contra Gaos

Vicente Leñero

Ramón Xirau me telefoneó a las ocho de la madrugada. Lo hacía una o dos veces por semana cuando yo era entonces, en 1967, algo así como jefe de redacción de la revista *Diálogos* que él fundó y dirigía con fervor absoluto, bajo el cobijo de El Colegio de México.

Se escuchaba eufórico Xirau. Había conseguido al fin que el maestro José Gaos aceptara escribir una colaboración para la revista. Si la entregaba en dos semanas, como lo prometió, alcanzaríamos al filo del tiempo a publicarla en el siguiente número: el correspondiente a enero-febrero de 1968 que habría de ilustrar Rufino Tamayo.

—¿Pensas que alcancemos?

—Claro que alcanzamos —le respondí.

José Gaos era querido y admirado como filósofo por Ramón Xirau. Discípulo de Ortega y Gasset, rector de la Universidad Central de Madrid durante los últimos años

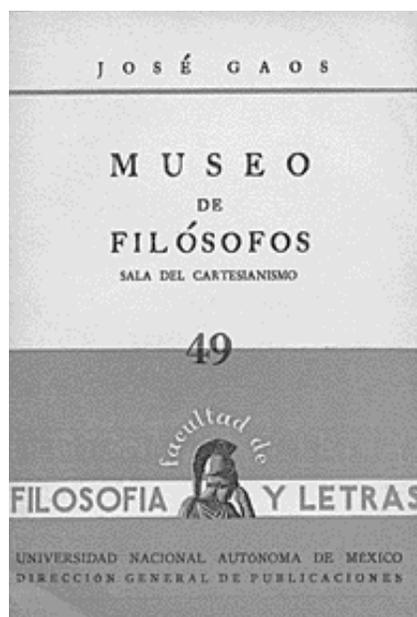
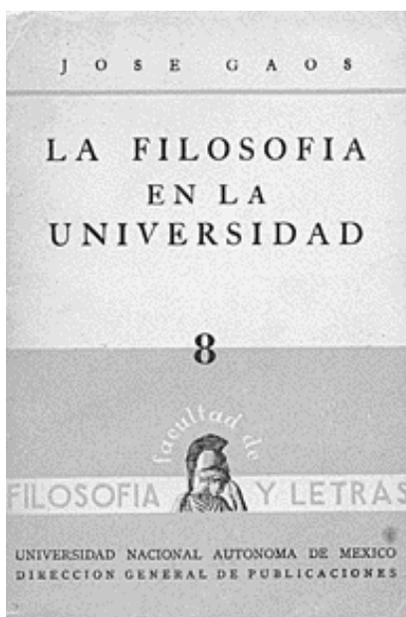
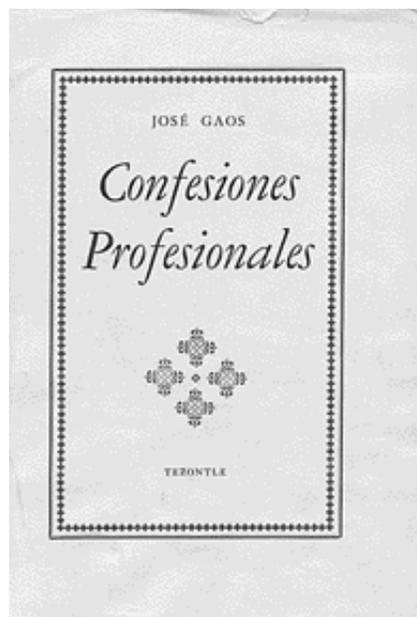
de la República Española, Gaos había llegado como exiliado a México —trasterrado, decía él— en 1938. Aquí fue siempre catedrático, estudioso de las corrientes filosóficas de Latinoamérica, y participó en la fundación de La Casa de España que derivaría después en El Colegio de México. Su colaboración en *Diálogos* representaba por todo eso una gran exclusivaeditorial —me dijo Xirau— digna de aparecer en las primeras páginas de la revista. Era necesario cuidarla mucho, Vicente, mucho.

Gaos entregó puntualmente su texto; se titulaba *El juicio final del capitalismo*, y era más extenso de lo que comúnmente publicábamos: alrededor de veinticinco cuatillas. Tenía una dificultad: estaba escrito a mano; otra más: la caligrafía del filósofo no era precisamente clara sino engarrada, por momentos jeroglífica. Si se añadía a esa dificultad el hecho de que el lenguaje filosófico

no resultaba de fácil entendimiento para un lector profano como yo, su edición inmediata —la prisa exigida por la Imprenta Madero— acrecentaba el problema. No quise preocupar a Ramón Xirau. La secretaria de El Colegio de México transcribió a máquina el original. Traté de cotejarlo tan rápido como pude —empezaban las fiestas decembrinas—; lo envié a los impresores, corregí las pruebas tipográficas, y con sólo unos días de retraso alcanzamos a salir victoriosos.

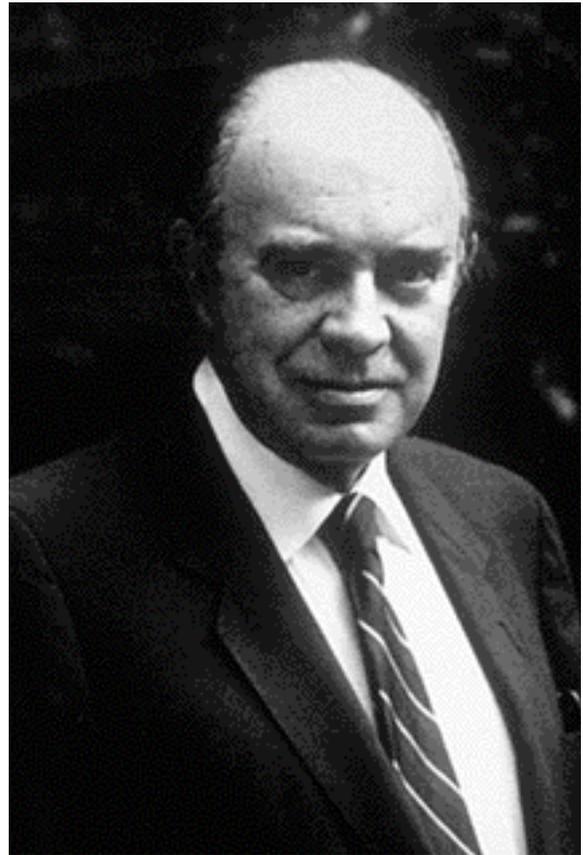
Cuando apareció el número 24 de *Diálogos*, Xirau me pidió que entregara personalmente a Gaos cinco ejemplares flamantes.

Llegué con ellos a su despacho de El Colegio en Guanajuato 125. Me recibió con una sonrisa franca —está feliz, pensé—, pero en el momento de mostrarle los ejemplares, él tomó de la esquina de su escritorio uno idéntico que le había enviado Víctor Urquidí la noche anterior.





José Gaos



Ramón Xirau

Me lo puso delante. Abrió y hojeó las páginas en que aparecía su ensayo.

Como dicen los narradores: ¡me fui de espaldas, me quedé atónito, me quise morir! Con tinta roja, el filósofo había marcado las erratas: eran centenares, centenares de erratas en todas y cada una de las páginas que parecían salpicadas por gotas de sangre manchando de oprobio el grueso papel de la publicación.

—No puede ser, maestro, ¡no puede ser!, ¡es imposible!, ¡qué horror!

—Pues así es —dijo Gaos con otra sonrisa que se transformó en sardónica.

Qué pena, maestro. Cuánto lo siento. Lo siento muchísimo. Y la culpa es mía, totalmente mía —se me trababa la lengua—. Le

voy a pedir a Ramón que volvamos a publicar su ensayo en el próximo número —no sabía en realidad cómo disculparme—. O si prefiere una fe de erratas.

—Eso no —me interrumpió—. Puede ser peor. Cuando yo hacía un trabajo como el suyo en *Cuadernos americanos* me sucedió algo semejante con un ensayo de no sé quién. Y publicamos eso: una fe de erratas. Pero en la misma fe de erratas se colaron gazaros y tuvimos que poner: Fe de erratas de la Fe de erratas: Donde dice *dice*, debe decir, *debe decir*, y donde dice *debe decir*, debe decir *dice*.

Mi obligación era festejar la anécdota. No pude. Lo que deseaba era salir de allí corriendo. En estampida.

—No me atrevía a recoger los ejemplares erráticos que había depositado en su escritorio. Ofrecí más disculpas. Un millón de disculpas. Volví a turbarme. Me despedí al fin con tonterías. Avancé hacia la puerta.

Gaos me detuvo con la voz. Giré. Algo estaba escribiendo el maestro en una tarjeta: seguramente una acusación contra mí, un reclamo para Ramón Xirau. Estiró el brazo y me tendió la tarjeta. Dijo, increíblemente afable:

—Es una greguería de Ramón Gómez de la Serna.

En la tarjeta estaba escrito:

*El colmo de la errata es poner "herrata".* [U]

El colmo de la errata es poner "herrata".